



Las formas de la muerte

Ritos funerarios
en el Centro Histórico

Rituales mortuorios en el Centro Histórico

LA FORMA EN QUE SE EXPERIMENTA LA MUERTE ES REVELADORA DE UNA cantidad enorme de rasgos que nos definen como sociedad. ¿Cómo se experimenta el adiós por los seres queridos? ¿De qué formas la memoria colectiva ha conservado de generación en generación relatos sobre los contactos entre vivos y muertos? ¿Cuáles son las manifestaciones culturales que la muerte provoca?

En este número abordamos algunos de estos aspectos a propósito del Día de Muertos, una de las festividades en las que aflora el patrimonio cultural, tanto material como inmaterial. Para ello, subrayamos algunos marcos culturales con que se piensa este tema crucial y la forma en que repercuten en las mentalidades colectivas, a través de algunas leyendas, espacios y momentos que, a su vez, también nos hablan de la vida en el Centro Histórico.

Esperamos que lo disfruten.

Los editores



GOBIERNO DE LA
CIUDAD DE MÉXICO

fideicomiso
CENTRO HISTÓRICO
DE LA CIUDAD DE MÉXICO



En portada

Catrina en la Casa de los Azulejos
POR ALEJANDRA CARBAJAL



En contraportada

El Centro ilustrado

POR MILENKA ILLANES

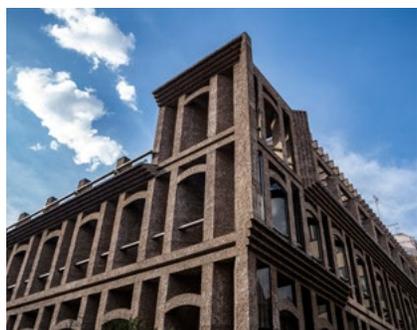
Km Cero ES UNA PUBLICACIÓN MENSUAL GRATUITA EDITADA POR EL FIDEICOMISO CENTRO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE MÉXICO. AÑO 15, NÚMERO 178
FECHA DE IMPRESIÓN: 20 DE OCTUBRE DE 2023

Martí Batres Jefe de Gobierno de la Ciudad de México • **Loredana Montes** Directora General del FCHCM • **Anabelí Contreras** Coordinadora de Promoción y Difusión del FCHCM • **Jorge Solís** Director editorial • **Laura A. Mercado** Diseño y formación • **Alejandra Carbajal** Fotografía • **Patricia Elizabeth Wocker** Corrección de estilo • **Montserrat Mejía** Asistente • **Chuy Campos, Mariana G., Rodrigo Hidalgo, Milenka Illanes, Salomón Sánchez y Carlos Villasana** Colaboradores

REDACCIÓN: República de Brasil 74, segundo piso, Centro Histórico, Cuauhtémoc, 06010 • **Teléfonos:** 55 5709 6974
55 5709 7828 | 55 5709 8005

IMPRESIÓN: COMISA. General Victoriano Zepeda 22, Observatorio, Miguel Hidalgo, 11860 • **Teléfono:** 55 5516 8586

Número de certificado de reserva 04-2016-041412402300-102



02 EpiCentro

El barrio financiero



20 Rastros

Antigua vivienda en el Centro Histórico



24 CentrArte

Rastros del convento de La Concepción



10 A fondo

Ritos mortuorios en el Centro Histórico



08 Instantáneas



28 Cartelera



32 Niños



El Centro Histórico y las huellas del barrio financiero

POR RODRIGO HIDALGO

Antes de mudarse a otras partes de la ciudad, un gran porcentaje de la actividad financiera se realizaba desde algunos edificios del Centro. Aquí proponemos un breve recorrido por algunas de estas antiguas sedes, que, además, tienen un importante valor arquitectónico.

ENTRE LAS CURIOSIDADES DEL CENTRO HISTÓRICO, UNA DE las más conocidas es la organización de su vida comercial; sabemos que hay una calle dedicada a los artículos eléctricos y otra a las refacciones para distintos aparatos, y que en varias más hay farmacias, ópticas o papelerías. Sin embargo, hubo un tiempo en el que también los bancos y las instituciones financieras se agruparon en un radio de pocas cuadras.

Según el *Plano general de la Ciudad de México* de 1907, al menos siete de estas empresas se encontraban en los alrededores de la Biblioteca Nacional, ubicada en la actual esquina de República de Uruguay e Isabel la Católica. Entre ellas aparece el Banco Central Mexicano, cuya sede estuvo justo enfrente, en un edificio que nació con el siglo xx: el 16 de febrero de 1900, el diario *El Popular* anunció que su

construcción estaba por iniciar y costaría un millón de pesos, con planos del ingeniero Meyer. Otras notas señalan que sería inaugurado el primer día de 1901, y, el 7 de abril de ese año, un texto en *El Correo Español* menciona que la New York Life Insurance Company ya se había instalado también en el nuevo inmueble.

Algunas postales nos permiten conocer su fachada de estilo ecléctico, que constaba de dos niveles. En agosto de 1901, la revista *El Arte y la Ciencia* reportaba que la planta baja eran las oficinas del banco, donde «el despacho se hace con el mayor desahogo», mientras que el piso superior «se ha dedicado a oficinas particulares» como la del bufete de Joaquín Casasús. La publicación incluye una página con fotografías de la sala de acuerdos y otros espacios interiores, además de un retrato del primer gerente, Pablo Kosidowski.



Antigua Biblioteca Nacional

Con el tiempo, este edificio albergó la Comisión Monetaria y el Banco Nacional de Crédito Agrícola, además del First National City Bank. Hacia la década de 1960 cambió su aspecto por el actual, de estilo moderno, y hoy es la biblioteca del Banco de México, con un acervo especializado en temas de economía y finanzas que está disponible para la consulta del público.

Al otro lado de la Calle del Ángel, ahora Isabel la Católica, solo queda el recuerdo de la cantina El Jockey Club, que destaca junto a varios negocios en una foto cercana a 1920. Para los años sesenta, toda la cuadra dio paso a las oficinas de Nacional Financiera, obra del arquitecto Ramón Marcos Noriega; luego de los daños que sufrió con los sismos de 1985, esta construcción fue reducida y ahora es parte de Telmex, con una sucursal de Sanborns en el primer nivel. Al



Edificio Citibanamex



Biblioteca del Banco de México

exterior conserva una celosía de hierro creada por el artista Herbert Hofmann-Ysenbourg, quien en 1964 ganó la medalla de oro en la segunda Bienal Nacional de Escultura.

Dando la vuelta, en República de Uruguay 45 hay un edificio con detalles de estilo neogótico, el cual, en épocas recientes, se convirtió en el hotel City Centro. El proyecto original es de Nicolás Mariscal para el Banco Agrícola e Hipotecario de México, que abrió sus puertas en 1904; el 18 de septiembre, un artículo de *El Mundo Ilustrado* resaltó que también contaría con «despachos particulares, que se pondrán con la elegancia y comodidades adecuadas a su objeto», y la fachada sería ejecutada por la Compañía de Mármoles de Santa Julia.

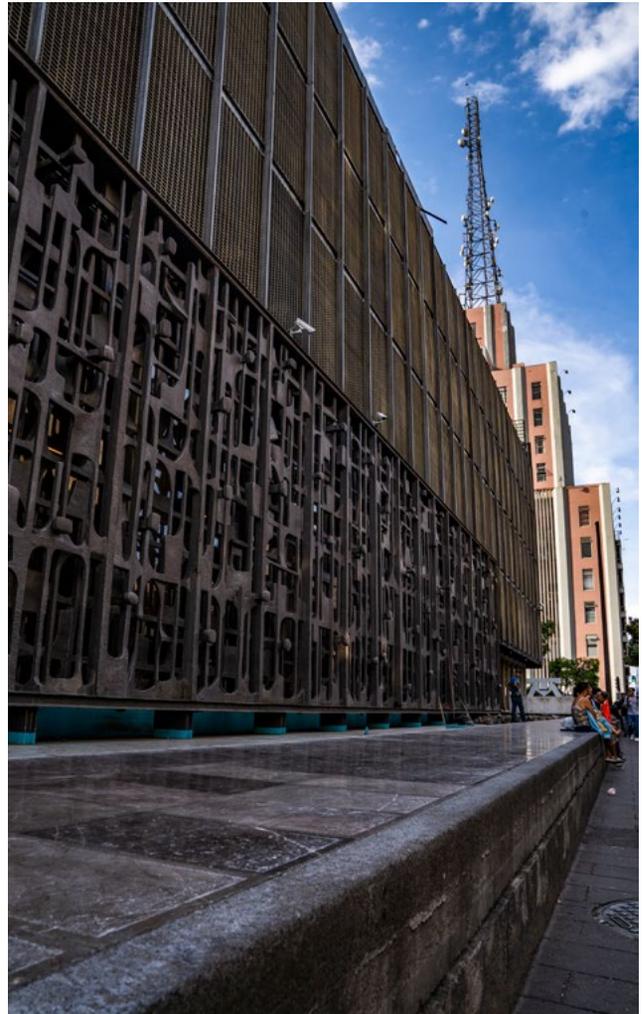
Un punto emblemático en esta zona es el antiguo palacio de los condes de San Mateo de Valparaíso, en la esqui-



Foro Valparaíso



República de Uruguay 68



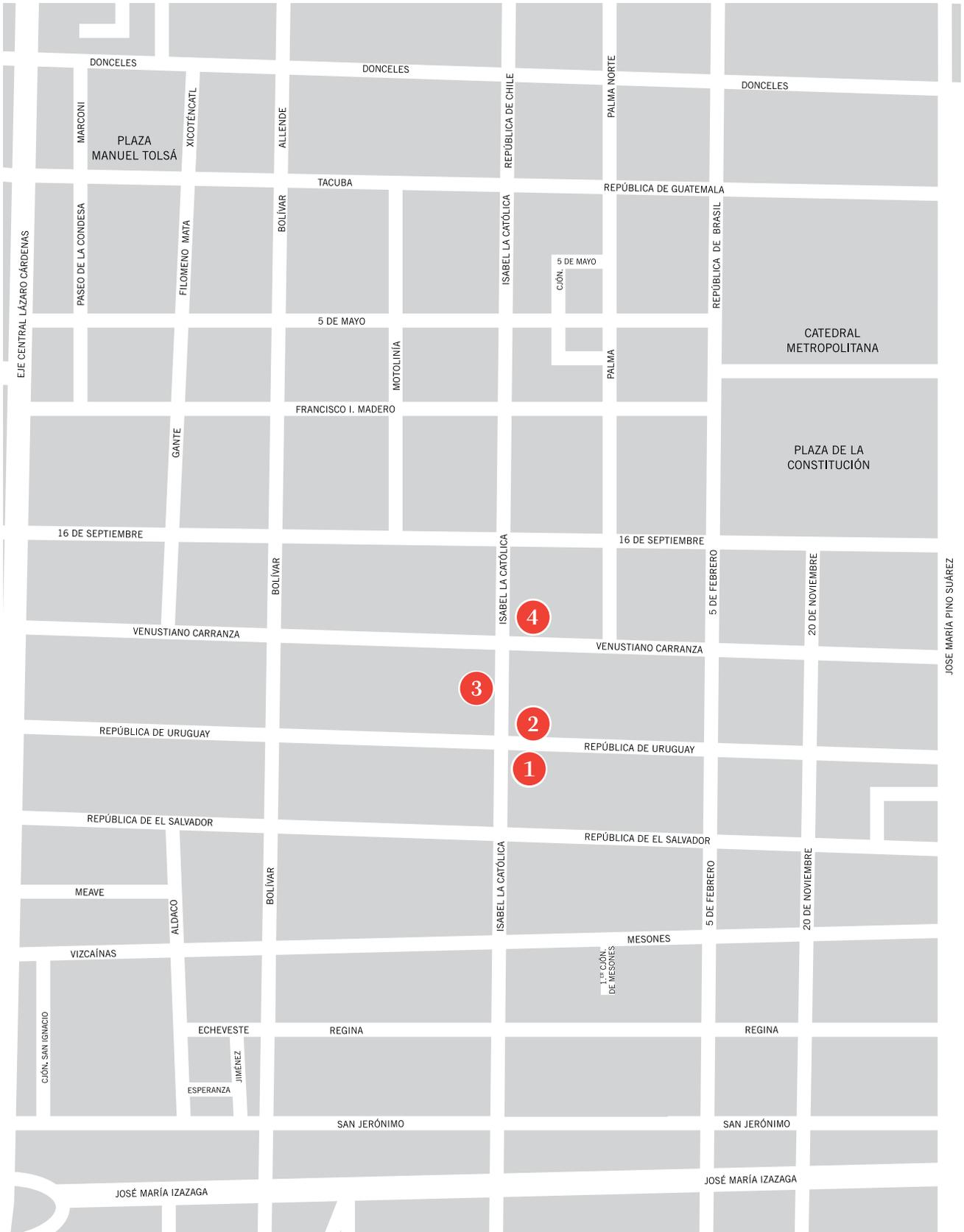
Isabel la Católica 51

na de Isabel la Católica y Venustiano Carranza, que fue la casa del Banco Nacional de México desde su fundación en 1884. La historia de esta residencia se remonta al siglo XVIII y la autoría es del arquitecto Francisco Guerrero y Torres; actualmente funciona como foro cultural y vale la pena conocer su escalera «formada de dos caracoles enredados el uno en el otro», como la describió José María Marroqui en *La Ciudad de México*.

En la década de 1980, la ampliación del conjunto de Banamex estuvo a cargo de los arquitectos Teodoro González de León y Abraham Zabludovsky, quienes retomaron las líneas del inmueble virreinal para prolongarlo con un diseño moderno hasta la calle de Palma. Otro bloque de oficinas ocupa la acera opuesta; anteriormente aquí se encontraba la tienda Astor, que fue incendiada por la organización re-

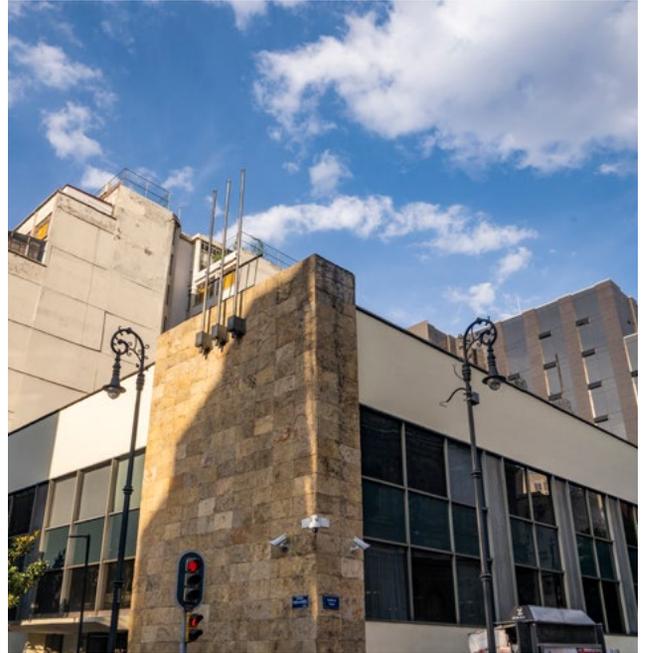
volucionaria Unión del Pueblo en mayo de 1978, y, tras su demolición, el espacio fue llamado Plaza de la Banca Nacionalizada.

La última escala puede ser en República de Uruguay 68, antigua sede de la Bolsa Mexicana de Valores, planeada por Enrique de la Mora, Fernando López Carmona y Félix Candela en los años cincuenta. El salón de remates está cubierto por una estructura de concreto que, en palabras de Juan Ignacio del Cueto, es «la primera bóveda por arista con paraboloides hiperbólicos»; ahora el edificio es propiedad de Inbursa, ya que la Bolsa se mudó al Paseo de la Reforma en 1990. Sin embargo, quizá como recuerdo de su presencia, basta cruzar la calle para entrar al Centro Bolsero y perderse entre la gran variedad de bolsas, estas sí, accesibles a todo bolsillo. 📍





1 Antigua Biblioteca Nacional
(República de Uruguay 67).



2 Biblioteca del Banco de México
(República de Uruguay 62). Lunes a viernes,
de 9 a 17 horas.



3 Isabel la Católica 51



4 Foro Valparaíso
(Venustiano Carranza 60). Miércoles a domingo,
de 10 a 18 horas. Gratis.

La imagen del día

¿Quieres ver tu foto publicada como la #ImagenDelDía?

Anímate a participar. Solo manda tu fotografía del Centro Histórico con un título a kmcerorevistach@gmail.com



Moneda, Erika Espinosa



Bandera, Homero Beristain Garnica



Nuestro orgullo, Israel Lechuga Contreras



Amigo organillero, Amado Félix



Luces aztecas, Jaime Boites



Nuestro lábaro patrio, Tomás Galicia Tenorio



Palacio Nacional, Carlos Estrada Castillo



Reflejos, César Antonio Serrano Camargo

Las ciudades poseen un signo revelador: las formas en que se adaptan al tiempo.

Santiago Roncayo

Llorar lágrimas de pulque

Los rituales mortuorios en el Centro Histórico

POR CHUY CAMPOS

Cleto el Fufú sus ojitos cerró,
todo el equipo al morir enterró.
Cayendo el muerto, soltando el llanto...
«Ni que fuera para tanto», dijo a la viuda el doctor.

DE ESTA FORMA HACE MÁS DE MEDIO SIGLO DABA CRÓNICA en su emblemática canción *Cerró sus ojitos Cleto* quien a mi parecer fue el mejor observador de la realidad chilanga en el siglo xx: Salvador Flores Rivera. Y es que los velorios, como casi todos los rituales mortuorios, tienen algo de tabú que nos impide hablar de ellos. Esta tragicomedia musical, por ejemplo, nos muestra que una de las formas que tenemos los capitalinos para encarar a la muerte es la guasa. Sé que puede sonar irrespetuoso en un primer momento, pero no somos los únicos latinos en hacerlo; por poner un ejemplo, en Colombia es tan usual que se den estas situaciones que hay un género específico para ello: los chistes de velorio. En todo caso, los mecanismos de defensa que utilizamos para hablar de la muerte —y que están escondidos en el inconsciente colectivo— configuran en mucho cómo nos comportamos como sociedad, nos moldean y hacen que sintamos cierto alivio.

Imagino que cualquier lector de mi edad recuerda la muerte de *La abuela de México*, interpretada por Sara García y con la desgarradora actuación de Pedro Infante, ahogado en alcohol en una cantina. En una de las secuencias de la película, aparece una suerte de mariachi sonando desconcertado mientras una mujer trata de consolar al personaje de Pedro Infante. Destruído por el dolor, él le pregunta si ella podía ser como su abuelita. La mesera, que trata de darle ánimos para que deje el lugar, le responde que sí, lo cual desata la ira de Pedro Infante, así que la arroja a un lado y le exige que se vaya. Mira a ninguna parte al tiempo que sentencia:

—Mi viejita linda, otra como ¡tú pus di ónde!

Momentos después, se dirige a la tumba cantando «Mi cariñito», canción que, a partir de esa icónica escena, ha sonado en más de un velorio desde entonces. Ahí tirado en la tumba, Pedro Infante representa la derrota de no ver más a quien daba sentido a su vida.

Durante muchos años me conmovió esta escena y, seguramente al igual que otras personas, pensé que había sido creada por las formidables mentes maestras del Cine de Oro mexicano, pero resulta que no fue así. Desde el siglo



Inmediaciones del Panteón de Santa Paula (Colección Villasana)

xix al menos, los grandes cronistas y viajeros hablaron de situaciones muy similares, en las que gente común, de esa que gustaba muchísimo de observar a los escritores decimonónicos, iba a los panteones a sufrir por sus familiares.

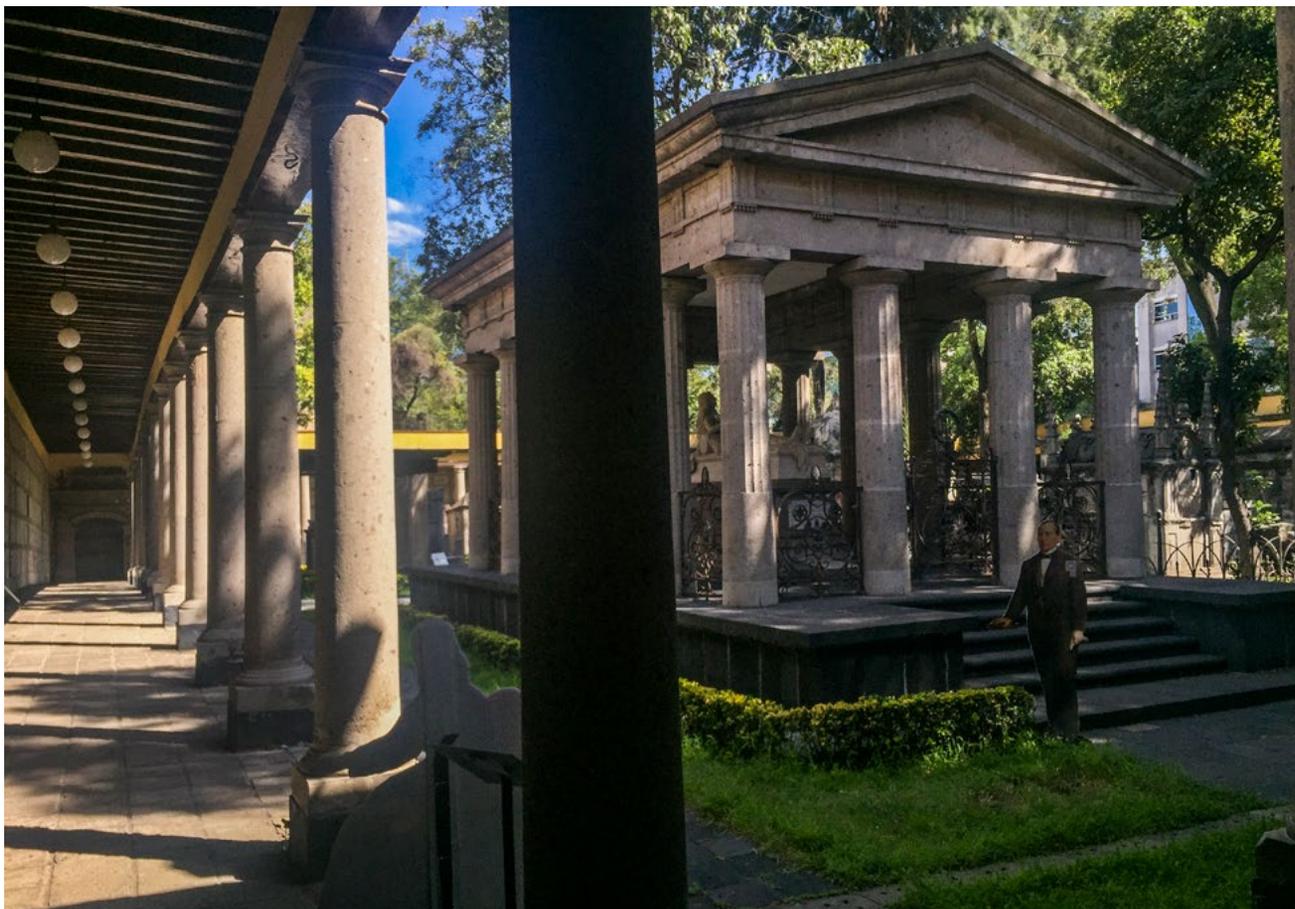
¿Desde cuándo se lloran lágrimas de pulque?

Un primer rastro sobre esta práctica –o quizá el más sencillo de hallar– lo encontramos en los escritos de Ignacio Manuel Altamirano y su celeberrima crónica del Día de muertos. No es necesario ser un especialista para notar el peculiar interés de Altamirano por resaltar el enorme desorden que producen las clases populares y las alarmantes cantidades de pulque que bebían en esos días. Llevados por mulas, litros y litros eran consumidos por los dolientes en los panteones.

Al leerlo recordé que el problema del duelo y el alcoholismo no es nada nuevo: distintos historiadores han observado que, después de que se afianzó el pulque como bebida de uso cotidiano entre las clases populares a principios del siglo xvii, principalmente mestizos e indios (así llamados jurídicamente en la época), los usos rituales de la bebida se diversificaron hasta llegar a «llorar lágrimas de pulque sobre la tumba», como dice el cronista guerrerense.

«Llorar lágrimas de pulque...». Lo releo y pienso que dentro de la poesía y el desdén del cronista se esconde una profunda tristeza de la sociedad; ahogar las penas en un vaso de alcohol incluso se convirtió en un valor muy mexicano durante el siglo xx. Tiempo después, Carlos Rivas Larrauri escribió «Por qué me quité del vicio», un poema que sería inmortalizado en la voz de Manuel Bernal. Se trata de una demoledora historia de un hombre que, para apaciguar su dolor, bebe hasta que se imagina que habla con su esposa muerta. Su niño, que también desea con toda el alma ver a su madre, se emborracha:

Y aluego con harto susto...
que l'hizo volver al juicio,
y con una voz de angustia
que no he di olvidar, me dijo:
«No me pegues papacito,
¡jué por ver a mi mamita
como cuando habla contigo!
¡Jué pa' que ella me besara
y m'hiciera hartos cariños!...».



Panteón de San Fernando

¿Siempre hemos llorado hasta desgarrarnos?

El primer gran ritual que podemos ver de largo aliento en la historia de la humanidad es el llanto. De ahí que hubiera personas especializadas en lamentar la muerte y el dolor colectivo y familiar: las plañideras. Existen numerosos registros de mujeres que, con un llanto profundo y demoledor, lloran a cambio de unas monedas la partida de un familiar. Incluso en algunos lugares como en la antigua Roma no haber sido llorado era tan peligroso que el muerto podía regresar de la tumba y penar por los caminos; los llamados *indeploranti*.

En México esta práctica mortuoria estuvo muy bien representada en las épocas de la Revolución, cuando los hacendados y personas de un alto estatus social empleaban a estas mujeres para que se resaltara que la persona que partía al más allá era alguien de honor y respeto. Poco a poco esta práctica ha ido disminuyendo hasta ser imperceptible en nuestra gran urbe, aunque en algunos pueblos se mantiene

viva y es muy común, como es el caso de San Juan del Río, en Querétaro.

Imagino a las grandes procesiones llevando el ataúd al panteón, detrás de ellas a la familia del finado cantando rezos de consuelo y a las plañideras llorando desconsoladas. El impacto de los que presenciaban tal escenario tendría que calar profundo en las mentalidades de la época. Semejante a las procesiones de mujeres vestidas de negro de los cuentos de Juan Rulfo.

Vamos a llorar a los panteones

Todos estos rituales desembocaban en los cementerios de la Ciudad de México. Durante el siglo XIX por ejemplo, hubo una importante cantidad de ellos, aunque sus vidas, en su mayoría, fueron efímeras. Los más populares fueron San Pablo, San Lázaro, Santa Paula, reacondicionado en la década de los treinta del siglo XIX, y el de Campo Florido, pero todos ellos fueron clausurados hacia finales de la década de



Panteón de San Fernando



los ochenta de aquel siglo. Gracias a la insalubridad, a los problemas estructurales y al desorden, fueron clausurados para más tarde dar paso a nuevos cementerios ya fuera de lo que hoy conocemos como Centro Histórico –que en aquellos momentos era prácticamente la ciudad–. Estos son los casos del Panteón de La Piedad, que fue el más popular durante el porfiriato, o el de Dolores, inaugurado en 1875, aunque su uso popular fue no fue sino hasta 1880. Otros eran para las clases acomodadas y migrantes extranjeros, como es el caso del Panteón Francés.

Algunas persistencias heredadas de los dueños originales de las tierras americanas se llegaron a ver en los cementerios, pero, de todas, siempre ha destacado el famoso pan de muerto. No es propiamente indígena, ya que no había panes como tal en el mundo prehispánico, pero tiene características relativas al culto mesoamericano; me refiero a la idea de comer con los difuntos. Muchos de los alimentos no eran ingeridos por los familiares, sino que eran expresa-

mente llevados para que alimentaran a los muertos y convivieran como si estuviesen vivos de nuevo.

¿Cuándo se hicieron cristianas las lágrimas?

Para la Nueva España, los ritos mortuorios tuvieron varias etapas a través del tiempo y es que distintos factores históricos los atravesaron. Imaginen que para el caso de los indígenas pasar de un sistema religioso politeísta a otro monoteísta no fue nada sencillo, de ahí que el culto a los santos y a las distintas advocaciones de la virgen María tuvieran un papel primordial para que se gestara la asimilación cultural y el sincretismo entre ambas religiones. No obstante, el golpe fue contundente, ya que la idea de salvación estaba basada en la religión católica y solo aquel que tuviera el bautismo podría ser considerado como parte de la «buena muerte». En pocas palabras, todo aquel antepasado quedaba impedido de participar en el paraíso o en el purgatorio.



Santa Catarina

Aunado a esto, la población indígena no fue la única que tuvo que adaptar su sistema de creencias al católico. Importantes migraciones provenientes de África y Asia llegaron al Nuevo Mundo y con ellas una mezcla de concepciones de la muerte se entremezclaron para dar una nueva forma de entender el más allá.

La avanzada protestante en Europa también jugó un papel fundamental tanto en los rituales como en la comprensión de la religión cristiana. El catolicismo reaccionó ante ellos con una estrategia pedagógica sin precedentes que estaba encaminada no solo a sentir miedo por la muerte, sino a tenerla presente todo el tiempo.

La historiadora Concepción Lugo Olín nos cuenta de los libros de buena muerte que circularon durante el siglo XVII: donde a los feligreses se les educaba para pensar que ángeles y demonios pelearían el alma del convaleciente con el objeto de ver quien la ganaba. Al final era la virgen María quien

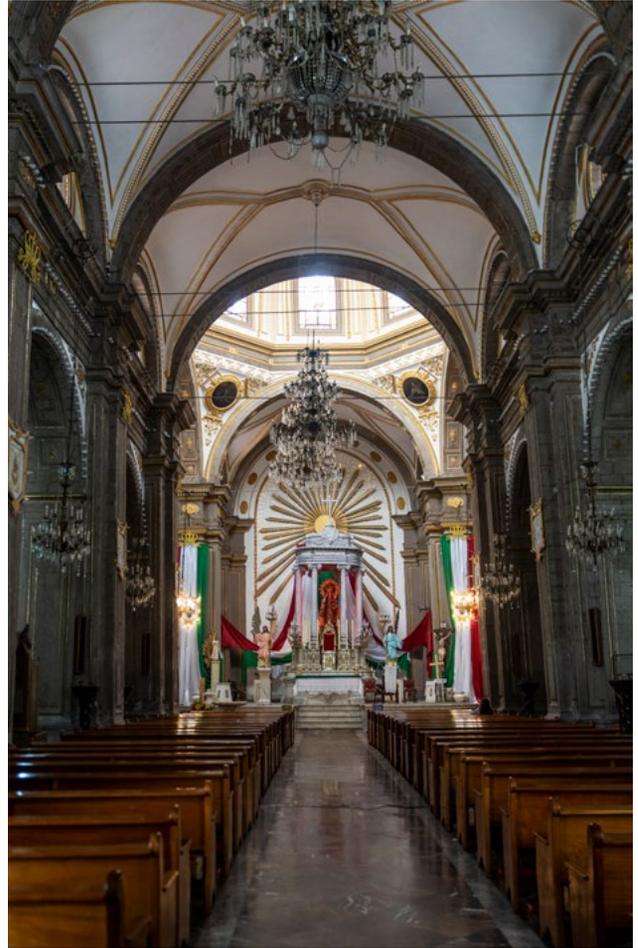
intercedía por el alma del enfermo para que fuese llevado al purgatorio o al paraíso, según fuese el caso.

Trascendió tanto este miedo de la mala muerte y el culto a las ánimas del purgatorio que en la iglesia de Santa Catarina, en la actual República de Brasil, existe una leyenda acerca de un sacerdote que todas las noches se perdía entre las sombras del barrio de la Lagunilla para entrar a dar misa a media noche; solo que se contaba que los feligreses que asistían a la liturgia eran ánimas del purgatorio. Hasta después de muertos se buscaba la salvación del alma.

Justo a una calle de la iglesia de Santa Catarina estaba el callejón del Padre Lecuona (hoy llamada República de Nicaragua). Se cuenta que, por esos rumbos, un padre libertino tuvo un castigo ejemplar por llevar una vida llena de excesos. Una noche le pidieron con urgencia que abandonara su partida de cartas porque urgía darle la extremaunción a un enfermo terminal. A regañadientes el sacerdote acce-



República de Nicaragua



Templo del Carmen

dió, pero se puso muy nervioso cuando vio el lugar al que lo llevaron. Era una casa abandonada donde solo había un petate tendido y una vela alumbraba débilmente el cuerpo cadavérico de un enfermo. Apresuró la confesión y huyó de la casa para volver a la partida de naipes con sus amigos.

Pero cuando volvió y les relató lo que acababa de vivir, uno de sus compañeros de juerga le hizo ver que no podía ser real lo que contaba, porque él era el dueño de ese predio y estaba abandonado. A la mañana siguiente el sacerdote encontró su pañuelo en aquella casa y, de la impresión, casi pierde la cordura.

El miedo a la muerte y a la salvación era tan importante que los rituales mortuorios, como la extremaunción, era pedida por quienes querían trascender al más allá.

Después, en las postrimerías del siglo XIX, circuló una noticia en una hoja volante impresa por Antonio Vanegas Arroyo, que hablaba del hallazgo de un emparedado justo

al lado del Templo del Carmen. Incluso se llegó a contar que aquel emparedado se metió a confesar al recinto.

Mientras tanto y conforme se fue organizando la sociedad novohispana, el pulso natural fue el de asimilar las prácticas del Viejo Mundo. Así que las parroquias se hicieron cargo de sus jurisdicciones, con la salvedad de que había una división por estamentos: para los entierros de la llamada «república de españoles» quedaron reservados los templos, mientras que para la «república de indios» se destinaron los atrios de las capillas abiertas.

Conforme pasó el tiempo, esta diferencia fue desvaneciéndose, pero solo para las personas indígenas o mestizas que podían acceder a pagar para que sus restos descansaran en los templos. Poder ingresar a los lugares propios de los criollos o españoles, incluso después de la muerte, hablaba sin duda de una posición de estatus y privilegio por parte de los otros grupos sociales.



Catedral Metropolitana

También existió otro ritual ya casi extinto en el Centro Histórico: el toque de campanas. Da un poco de nostalgia saber que los campaneros han ido desapareciendo a lo largo del tiempo y es que, en ellos, recaía el orden temporal de la ciudad.

Las múltiples formas de sonar la campana educaban a los habitantes de la ciudad a vivir y la muerte no escapaba de ellas. Pensemos en la Catedral Metropolitana a finales del siglo XVIII. Ya en la víspera de Día de muertos se escuchaba el redoble de las campanas y, en cuanto repicaban, le seguían todas las iglesias, parroquias y conventos. La experiencia de escucharlas era inevitable y tenía la intención de que la sociedad no pudiese pasar por alto la conmemoración piadosa de sus difuntos, la pérdida de los seres amados y la invitación a reflexionar en lo efímero de la vida.

Las velas fueron otro elemento imprescindible para los rituales mortuorios. Había de distintas calidades y tama-

ños, pero tanto las que eran muy sencillas como los cirios enormes y costosos salían del Convento de la Merced, el cual tenía el monopolio de la cera; de ahí que fuese uno de los recintos religiosos más suntuosos de toda la ciudad. Ahora es muy complicado imaginar la importancia de la cera, porque esas épocas en las que solo el fuego y las antorchas alumbraban las calles quedaron muy atrás. La ciudad, llena de sombras danzantes y oscuridad, vio la luz eléctrica hasta finales del siglo XIX.

Vivir la muerte de forma colectiva y hacia afuera de los espacios familiares fue aprendida en el periodo novohispano por medio de procesiones, cofradías, fiestas y culto a las reliquias y santos y quedó en muchos espacios durante prácticamente dos siglos, hasta que un evento muy particular quebró completamente los espacios de la muerte y es que, al parecer, solo la muerte puede revertir su propio culto.



Exconvento de la Merced

Cuando solo se lloraba en casa

A inicios de 2020 el mundo comenzó a sufrir una pandemia –en nuestro país todo arrancó en marzo de aquel año–. El miedo a la muerte se hizo presente de todas las maneras que pudiese uno imaginar; las redes sociales inundaron de pánico a la población y, al principio, incrédulos, nadie pensábamos que lo que se nos decía era cierto, hasta que la muerte comenzó a tocar a nuestras puertas. Vimos cómo amigos y personas cercanas comenzaron a morir. Las calles del Centro Histórico, habitualmente animadas y bulliciosas, de un momento a otro se quedaron vacías y todos empezamos a temer tanto por nuestras vidas como por las de nuestros seres queridos. Los hospitales dejaron de percibirse como lugares para curarse y se convirtieron en pequeñas sucursales de malas noticias.

En ese momento límite, en el que la incertidumbre reinaba, los rituales mortuorios tuvieron que suspenderse para

después, con el tiempo, transformarse radicalmente. Al comienzo, y ante las medidas sanitarias que se implementaron prácticamente en todo el mundo, ni siquiera los restos del familiar podían ser llorados y preparados para la muerte. La cremación era impuesta y no importaba el credo que se profesara. Recuerdo los videos de familiares desconsolados y dudosos de si los restos que contenía la urna que les entregaban era en realidad los de su ser querido.

A eso también se sumaba que fuera negado el ritual de velación del difunto, ya que no podía haber contacto entre la población. La sociedad no podía llorar debidamente a sus muertos, como en la peste o la viruela de aquellos tiempos novohispanos de los que hablamos en líneas anteriores. Fueron las redes sociales las que nuevamente tuvieron un papel estratégico para sanar un poco el dolor de los familiares y, a través de ellas, comenzaron a llevarse a cabo los rituales mortuorios por transmisiones en directo o videollamadas.



Foto: cortesía Gobierno de la Ciudad de México

Nunca antes en la historia esta práctica había sido usual, incluso me atrevería a asegurar que fue inédita, al menos en la historia de México. Por transmisiones digitales las familias se mandaban condolencias y hacían sus rezos y plegarias. En el caso de la fe católica, aún mayoritaria en nuestro país, los rosarios también se llevaron a cabo de esa manera. Usualmente después de los rezos, poco a poco surgían las bromas y los saludos; los deseos de que todo fuera mejor, los chistes y las guasas; aunque generalmente con cierto tono de incomodidad porque el miedo a que otro más partiera estaba presente en todo el mundo. Más de uno, les puedo asegurar, deseábamos ir a llorar a los muertos a su tumba esas lágrimas de pulque de las que hablaba Ignacio Manuel Altamirano o llevarles mariachi al cementerio, como Pedro Infante, y decir:

–Mi viejita linda, otra cómo tú ¡pus di ónde!

Durante ese tiempo el Centro Histórico parecía muerto.

Creo que jamás en su historia se vio tan solo, ni siquiera en aquella inundación de 1629 que casi lo destruye. Al ser un lugar eminentemente comercial fue uno de los sitios de la ciudad en el que más se hizo evidente el confinamiento y en donde más lastimó la pandemia a sus habitantes. Como era de esperarse, las ventas bajaron muchísimo y una buena cantidad de vecinos decidieron salir a vender aunque ello comprometiera su salud.

No hubo rituales de muerte en el Zócalo aquella vez. Ni procesiones, ni las campanas sonaron en la Catedral Metropolitana. El silencio gobernaba nuestros miedos. En esas épocas más de uno extrañamos la muerte simbólica porque la real asfixiaba cada rincón de nuestra mente.

El cierre de 2023 luce muy diferente y la vida nos ha dado otra oportunidad de vivir nuestro duelo, de comprender que los rituales mortuorios son necesarios para sanar la muerte del que partió al otro mundo. Los cementerios nuevamente



Foto: cortesía Gobierno de la Ciudad de México

se llenan de arquitecturas efímeras compuestas de flores, de procesiones y mujeres vestidas de negro que lloran e imploran por el alma del difunto. Los festivales de Día de muertos y el tan polémico desfile de miles de personas llenarán las calles de la ciudad. Familiares y amigos irán a beber y comer a las tumbas de sus seres queridos, bocinas aturdirán por cientos a aquellos que van a buscar paz a los camposantos. En este afán histórico que tengo de imaginar situaciones imposibles, me pregunto qué habría pasado si a Altamirano le hubiera tocado esta pandemia y ahora le tocara escribir sobre los rituales que se avecinan. Imagino, y solo eso, que aquel bullicio y desorden que tanto le molestaba en los Días de muertos, que aquellos ajeteos propios de las clases populares que tanto le preocupaban, habrían sido un bálsamo para él porque, como reza el refrán, uno no sabe lo que tiene hasta que lo ve perdido. 🍷

En los rituales mortuorios se cifran numerosos aspectos en que las comunidades experimentan la ciudad.

Antiguas viviendas en el Centro Histórico

POR CARLOS VILLASANA

Varios de los edificios del primer cuadro capitalino han servido a distintos propósitos, además de sus usos originales. Con el paso del tiempo han sido hoteles, restaurantes, oficinas, escuelas, museos, locales comerciales o, como este recorrido fotográfico nos muestra, antiguas viviendas y vecindades.



◀ La fachada del Hotel de Cortés, llamada Hombres Ilustres en la década de los treinta. Este edificio, ubicado en la avenida Hidalgo, fue la hospedería de Santo Tomás de Villanueva en la época virreinal, después farmacia, gasolinería y vecindad; hoy alberga el Museo Kaluz.



◀ La esquina de Corregidora y Jesús María en la década de los ochenta. Destaca el edificio que fue el convento de Jesús María, fundado en el siglo **xvi** y luego ocupado por negocios como el cine Progreso Mundial, una paletería y una tienda Viana.



◀ La Casa de los Azulejos, ubicada en la esquina de Madero y el Callejón de la Condesa, alrededor de 1930. Esta residencia fue construida en el siglo **xviii** y habitada por los condes del Valle de Orizaba; durante la época porfiriana fue la sede del Jockey Club, después la Casa del Obrero Mundial y más tarde se convirtió en un restaurante Sanborns.



◀ La casa de los condes de Santiago de Calimaya, ubicada en la avenida Pino Suárez, antes llamada Plazuela de Jesús en este tramo, alrededor de 1784. Este inmueble quedó concluido en 1779, y albergó diversos negocios y hasta una vecindad, donde vivió el pintor Joaquín Clausel. En 1964 se convirtió en el Museo de la Ciudad de México.



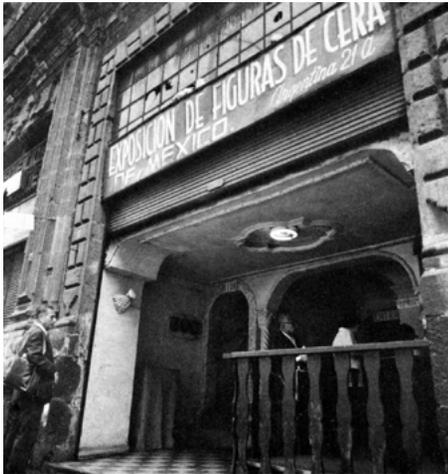
◀ Imagen del Antigua Colegio de Cristo captada sobre la calle de Donceles a mediados de los años setenta. Este edificio fue erigido durante el virreinato por un particular de nombre Cristóbal Vargas. A pesar de haber sufrido múltiples modificaciones a lo largo del tiempo, en el que tuvo diversos usos –vivienda, despachos, salones de clases y otros más–, este bello inmueble de dos plantas ha conservado su carácter en la fachada de tezontle, el vistoso zaguán y su pintoresco patio. El Colegio de Cristo es igualmente conocido por ser la famosa fachada que aparece en la cinta *El castillo de la pureza*, y, en tiempos más actuales, por ser la sede del Museo de la Caricatura. Sitio obligado en cualquier recorrido por el Centro Histórico.



◀ Una de las últimas imágenes que existen del edificio del Seminario Conciliar de México, construcción virreinal que se encontraba adosada al costado oriente de la Catedral. La fachada que vemos miraba al sur hacia la Plaza del Seminario y frente a ella se levantó una fuente con la escultura de fray Bartolomé de las Casas que ahora se halla dentro del patio oriente de Catedral. El edificio del Seminario fue destruido en su totalidad en los años veinte del siglo pasado. En la postal se aprecia que en ese entonces ya alojaba un consultorio dental, un restaurante y el Hotel del Seminario.



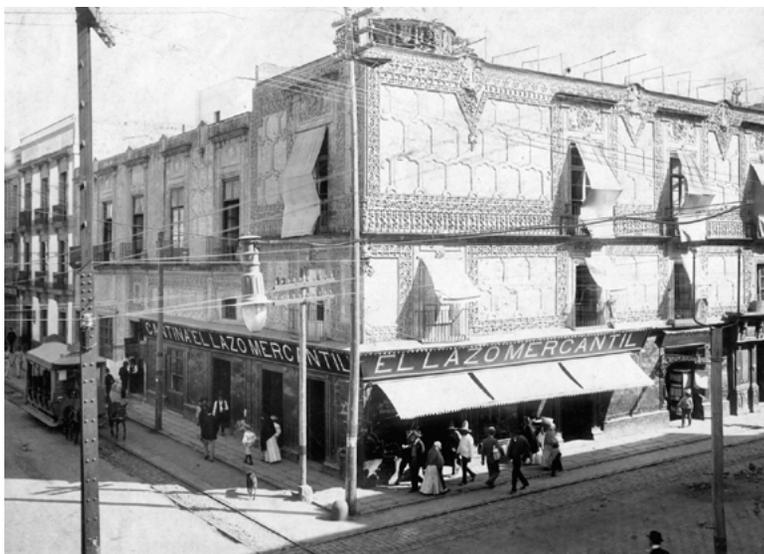
◀ La esquina de República de Guatemala y República de Argentina, antes llamadas Santa Teresa y Reloj, respectivamente en la década de los ochenta. Destaca la Casa del Mayorazgo Nava Chávez, más conocida como la Casa de las Ajaracas, que se remonta al siglo XVIII y que al paso de los años sirvió de vivienda, además de alojar despachos, consultorios y locales comerciales; hoy sobrevive parcialmente como sede del Museo Archivo de la Fotografía.



◀ El célebre Museo de Cera del Centro, situado en República de Argentina 21-A, compartiendo el espacio con locales comerciales y cuartos de alquiler del edificio San Miguel, que se mantiene en pie hasta nuestros días. De acuerdo con varios cronistas, este espacio de entretenimiento familiar fue uno de los primeros de su tipo en la ciudad, que abrió paso al Museo de Cera de La Villa y el de la colonia Juárez.



◀ Una postal en la que se aprecia la esquina de 16 de Septiembre y San Juan de Letrán, hoy Eje Central, en la década de 1910. Destaca el hotel New Porter's, luego llamado Cosmos, obra del arquitecto Manuel Cortina; ahora es una plaza comercial. Los dos edificios aledaños también existen en la actualidad aunque ya muy transformados.



◀ La esquina de República de Uruguay y 5 de Febrero, antes llamadas Don Juan Manuel y Bajos de San Agustín, a finales del siglo XIX. Al frente está un edificio de la época virreinal que fue remodelado en la década de 1920 para convertirse en el Hotel Ontario, y hoy alberga el hotel Hampton Inn; a la izquierda se ve un tranvía de mulitas. En la época de la toma alojaba la cantina El Lazo Mercantil y se rentaban cuartos en la parte superior. 📍



ANTIGUO CONVENTO DE LA CONCEPCIÓN

POR SALOMÓN SÁNCHEZ

Sobre la calle de Belisario Domínguez es posible encontrar aún elementos de lo que en otros tiempos fue un suntuoso convento, considerado como una auténtica ciudadela.

SOBRE LA CALLE DE BELISARIO DOMÍNGUEZ, ENTRE EL EJE Central Lázaro Cárdenas y el callejón de Héroe del 57 –abierto en 1861–, es posible encontrarse aún con parte de lo que, en otros tiempos, constituyó el monasterio de monjas más grande de la Nueva España. El convento de la Concepción se fundó hacia 1540, en los tiempos de fray Juan de Zumárraga, el primer obispo establecido en la Nueva España. Para ello se emplearon las casas de Andrés Tapia, quien había participado como capitán junto a Hernán Cortés, y otros terrenos que pertenecían al vecino Luis de Castilla.

Su construcción fue gradual, pero firme. En *Las calles de México*, José María Marroqui apunta que hacia 1560 las hermanas concepcionistas pasaban por penurias económicas y, para solventar la situación, se solicitaron fondos de la corona, como ya había sucedido con el convento de Santo Domingo, así como con el de San Agustín. En aquel momento vivían ahí cincuenta mujeres, especialmente hijas de militares españoles afincados en la ciudad. Hacia finales de aquel siglo habían logrado estabilizarse y crecer. Para 1592 ya contaban con una población que alcanzaba las trescientas reclusas y habían logrado construir su templo original.

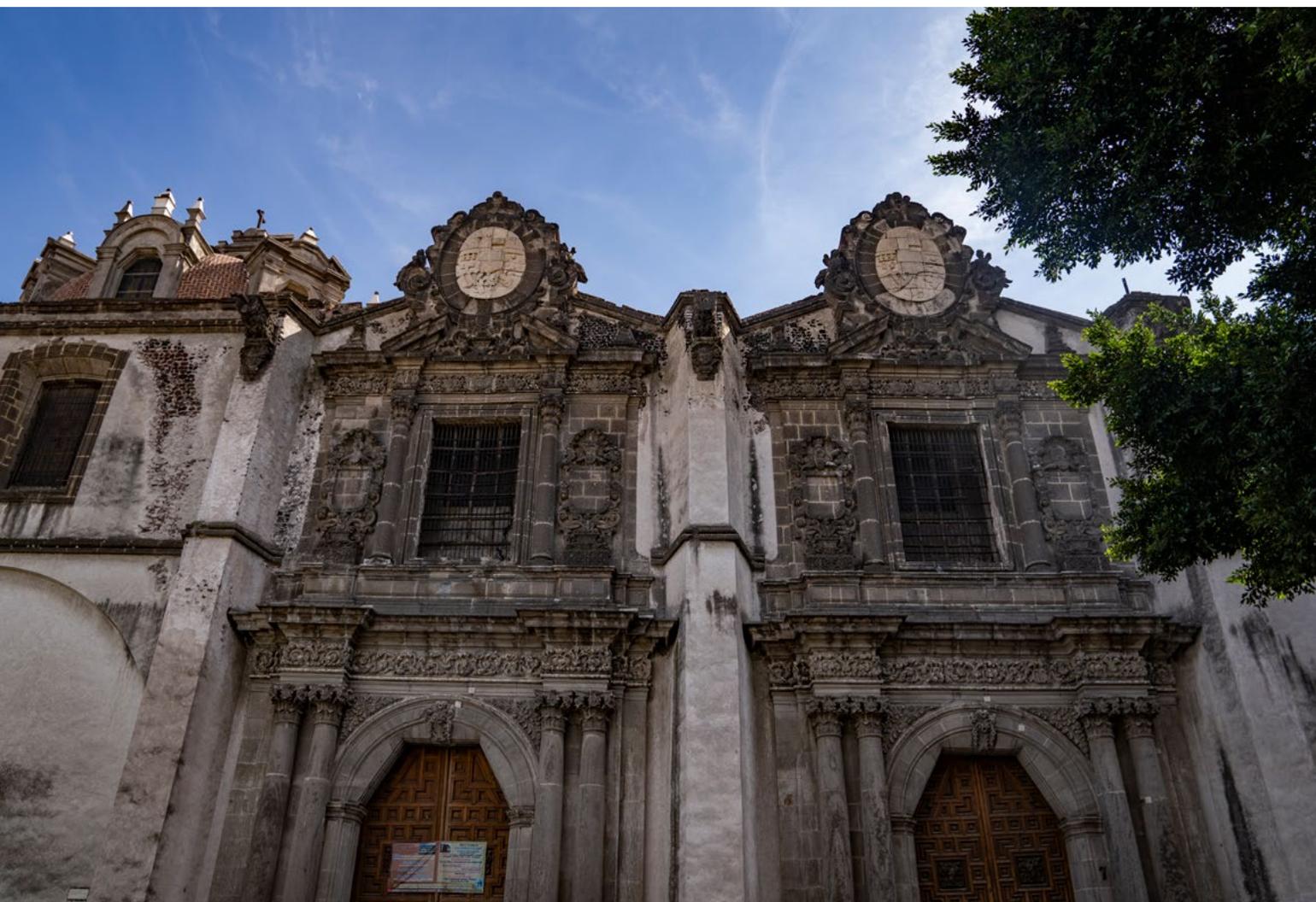


Este primer templo sufrió severos daños en 1629, a causa de la feroz inundación que comenzó el 21 de septiembre con el famoso «diluvio de san Mateo», una lluvia pertinaz que duró más de cuarenta horas y que inundó la ciudad. Los estragos causados por este fenómeno meteorológico fueron enormes y duraron hasta 1634. A decir de Bernardo García Martínez, a consecuencia de este desastre natural, en los años subsecuentes murieron cerca de treinta mil habitantes, una cifra verdaderamente monstruosa.

Cuando la crisis pasó, el estado del convento era desastroso. Además de los daños en el recinto, las monjas se vieron afectadas en sus ingresos, porque sus fincas también quedaron devastadas. Entonces, el alguacil mayor del Santo Oficio, Tomás de Aguirre, comenzó a edificar una iglesia, de mayores dimensiones. Sin embargo, murió en 1645, sin ha-

ber terminado la obra, la cual fue retomada hasta 1649, bajo el patrocinio de Simón de Haro, un comerciante acaudalado de la Nueva España, vecindado en la calle de Capuchinas (que hoy conocemos como Venustiano Carranza).

La nueva construcción se concluyó en octubre de 1655. El sábado 13 de noviembre abrió sus puertas el templo, para lo cual llevaron en procesión con fuegos artificiales la figura del Santísimo Sacramento desde la Catedral, haciendo parada primero en la Plaza Mayor, enfrente del palacio, luego siguiendo por la calle del Reloj (la actual República de Argentina), hasta la altura de Santa Catalina de Siena, luego por la Encarnación (la pequeña Luis González Obregón), la calle de los Medinas (hoy República de Cuba), Pila Seca (Belisario Domínguez) y San Lorenzo (en la plazuela enfrente del templo). Curiosamente, para aquel momento su benefactor,



el señor Haro, estaba ya muy enfermo, así que no pudo salir de su casa, donde murió una semana después.

A partir de entonces el convento no dejó de crecer, haciéndose de casas aledañas. De tal suerte que en 1856, cuando se promulgó la llamada Ley Lerdo, como parte de la Reforma, se contabilizaban ciento veintisiete casas como parte de sus fincas, además de numerosos objetos de oro y plata que formaban parte del culto en altares acaudalados. En *La ciudad de los palacios* Tovar de Teresa apunta, además, que contaban con retablos de Pedro de Requena, Juan Gómez, Nicolás de Vergara, Juan Rojas y, el más importante de todos, uno de Jerónimo de Balbás, que desgraciadamente fue utilizado como leña. No en vano el cronista afirmaba que este era el «monasterio de monjas más antiguo, más grande y más destruido».

En febrero del año de 1861, luego de que Benito Juárez entrara de nuevo triunfante a la capital, encabezando a los liberales, la comunidad de monjas fue exclaustrada y conducida momentáneamente al exconvento de Regina Coeli. El recinto y sus objetos pasaron a formar parte de la hacienda pública. A partir de ese momento comenzaron los planes para fraccionar el convento, el cual era tan enorme que terminó repartido en doscientos terrenos que se pusieron en venta.

Las inmediaciones del sitio comenzaron a cambiar y el templo, como testigo de lo que había sido uno de los mayores recintos religiosos novohispanos, atravesó por varias etapas, como cuartel militar (durante la intervención francesa) y como escuela de artes y oficios, antes de volver a su función original. 📍



Foto: cortesía Museo del Palacio de Bellas Artes



Foto: cortesía Museo Nacional de Arte

Francisco Castro Leñero. Una lógica de la belleza

A finales de los años setenta, las artes visuales en México se enriquecieron gracias a artistas como Francisco Castro Leñero, quien desde un inicio exploró las posibilidades de la abstracción, los juegos geométricos, los ritmos, las texturas y los colores.

Con aires de renovación e influencias de varias corrientes pictóricas internacionales, la obra de Castro Leñero supo darle vida a una poética de la luz y el espacio, sin incluir en sus trabajos ni elementos narrativos ni referencias figurativas explícitas.

Como homenaje al pintor, grabador y escultor capitalino, recién fallecido el año pasado, el Museo del Palacio de Bellas Artes presenta la exposición *Francisco Castro Leñero. Una lógica de la belleza*, que reúne más de sesenta obras creadas durante medio siglo, pertenecientes a diecisiete colecciones públicas y privadas. La muestra cuenta con la curaduría de Sylvia Navarrete Bouzard e integra, además de numerosos lienzos, una selección de bocetos y trabajos preparativos del proceso artístico de Castro Leñero.

.....

Museo del Palacio de Bellas Artes (Av. Juárez s/n). Martes a domingo, de 10 a 18 horas. Hasta el 3 de diciembre. \$85 (acceso gratuito con credencial de INAPAM, de estudiante o de maestro, o el domingo a público general).

Santos Balmori (1898–1992). La huella indeleble

A finales del siglo XIX nació en la Ciudad de México el artista Santos Balmori. De ascendencia austriaca, se formó en distintos países, como Chile, España y Francia, donde entró en contacto con algunas de las vanguardias pictóricas del siglo XX, lo que le sirvió como estímulo para ir encontrando, gradualmente, su estilo personal. Exploró distintos formatos y técnicas en sus creaciones, como la fotografía, el cartel, los collages, la pintura y la obra gráfica, además de colaborar con vestuarios y escenografías para obras de danza.

El Museo Nacional de Arte presenta una exposición retrospectiva del pintor, la cual reúne más de trescientas obras. Con la curaduría de Gerardo Traeger y María Estela Duarte, la muestra nos permite conocer cada una de las etapas creativas de este artista polifacético, que se forjó tomando distancia de la Escuela Mexicana de Pintura y sus motivos nacionalistas. Además de las obras de Santos Balmori, la exposición cuenta con distintos objetos y fotografías de su archivo personal, así como con obras de alumnos suyos, que nos permiten entender de forma más activa su legado e influencia en las artes de México.

.....

Museo Nacional de Arte (Tacuba 8). Martes a domingo, de 10 a 18 horas. Hasta marzo de 2024. \$85 (entrada libre para estudiantes, adultos mayores, personas con discapacidad y menores de trece años de edad).



Foto: cortesía Museo Nacional de San Carlos

Pintar en femenino: Mujeres en el sistema artístico mexicano, 1846-1940

Durante mucho tiempo se ha narrado la historia del arte y la cultura como un asunto predominantemente masculino, pese a los innegables aportes que las artistas han tenido. Así que es un asunto de elemental justicia dar a conocer el trabajo de mujeres que contribuyeron a la renovación de lenguajes artísticos con su papel como agentes culturales.

El Museo Nacional de San Carlos presenta la exposición *Pintar en femenino: Mujeres en el sistema artístico mexicano, 1846-1940*, que recoge más de ciento ochenta pinturas, grabados, dibujos, fotografías, tapices y títeres de artistas como Juliana y Josefa Sanromán, Ángela Icaza, Guadalupe Moncada, Eulalia Lucio y Otilia Rodríguez. La muestra permite rastrear la influencia de pintoras europeas en mujeres mexicanas que desempeñaron su labor artística como un asunto doméstico y privado, pues fueron admitidas en la Academia de San Carlos como alumnas hasta 1888.

La exposición es un valioso aporte para descubrir parte de la historia del arte mexicano, desde una perspectiva de género, y así ampliar las narrativas tradicionales.

.....
Museo Nacional de San Carlos (Av. México-Tenochtitlan 50, colonia Tabacalera). Martes a domingo, de 10 a 18 horas. \$60 (entrada libre para estudiantes, adultos mayores, personas con discapacidad y menores de trece años de edad).



Foto: cortesía Centro de la Imagen

Ciudad vorágine

Para conmemorar los cien años del nacimiento de Héctor García, uno de los máximos exponentes de la fotografía y el reportaje visual durante el siglo xx, distintos recintos culturales de la ciudad han estado organizando exposiciones y actividades de difusión de la obra del artista. En este marco, el Centro de la Imagen presenta la exposición *Ciudad vorágine*, con la curaduría de Laura González Flores y el apoyo de miembros del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM.

A lo largo de varias décadas, Héctor García fue un observador atento de la vida urbana, con especial énfasis en los personajes ciudadanos que daban testimonio de las durezas de la vida y las contradicciones sociales. Por esta labor acuciosa fue que Carlos Monsiváis lo llamó «el fotógrafo de la ciudad».

La exposición del Centro de la Imagen integra fotografías que permiten reconstruir los cambios culturales, económicos y políticos en la época convulsa del llamado «Milagro mexicano» (1940-1970). Las obras dan cuenta de estampas cotidianas durante los arduos años en que la ciudad se convirtió en una de las grandes metrópolis, bajo la mirada de uno de sus testigos más lúcidos.

.....
Centro de la Imagen (Plaza de la Ciudadela 2). Miércoles a domingo, de 11 a 17 horas. Entrada libre

El Centro por día

NOVIEMBRE 2023

JUEVES 2 | 9 HORAS

EXPOSICIÓN



OFRENDA DE DÍA DE MUERTOS

Museo Numismático Nacional (Bolivia 40). Gratis.

VIERNES 3 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN

BRUJERÍA

Palacio de la Autonomía (Lic. Primo de Verdad 2). \$150.

SÁBADO 4 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN



ALTAR DE MUERTOS DEDICADO A LOS GRANDES MAESTROS DEL ARTE POPULAR

Palacio de Cultura Citibanamex – Palacio de Iturbide (Madero 17). Gratis.

DOMINGO 5 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN

PATRIMONIO. A TRAVÉS DE LALENTE DE SANTIAGO ARAU

Museo Nacional de Arquitectura. 3er nivel del Palacio de Bellas Artes (Av. Juárez s/n). \$65.

JUEVES 9 | 11 HORAS

EXPOSICIÓN



ANIMALIA PERFORMÁTICA

Antigua Academia de San Carlos (Academia 22). Gratis.

VIERNES 10 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN

MÉXICO Y SU HISTORIA

Museo de Arte de la SHCP (Moneda 4). Gratis.

SÁBADO 11 | 15:30 HORAS

VARIOS

PRESENTACIÓN DE LIBRO Y PERFORMANCE SONORO CON MANUEL VELAZCO LARA

Museo del Telégrafo (Tacuba 8). Gratis.

SÁBADO 11 | 17 HORAS

TALLER



SONES Y DANZONES. TALLER DE DANZÓN

Museo de las Constituciones (Del Carmen 31). Gratis.

DOMINGO 12 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN

PLIEGUES Y PRÁCTICAS RELACIONALES. GRAMATOLOGÍAS DE LA URBE

Centro Cultural de España en México (Guatemala 18). Gratis.

MARTES 14 | 11 HORAS

EXPOSICIÓN

DE LA ENSEÑANZA A EL COLEGIO: HISTORIA DEL EDIFICIO DE EL COLEGIO NACIONAL

El Colegio Nacional (Donceles 104). Gratis.

MIÉRCOLES 15 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN



LA MUERTE ANIMADA

Foro Valparaíso (Venustiano Carranza 60). Gratis.

JUEVES 16 | 10 HORAS

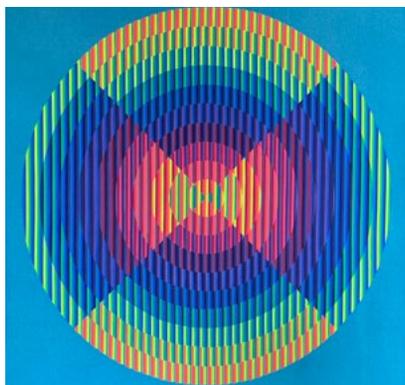
EXPOSICIÓN

EL MANUSCRITO CARVAJAL

Museo Mural Diego Rivera (Colón s/n) \$45.

VIERNES 17 | 10 HORAS

EXPOSICIÓN



TRIDIMENSIONALIDAD CROMÁTICA DE LAO GABRIELLI

Museo de la Ciudad de México (Pino Suárez 30). \$40.

DOMINGO 19 | 18 HORAS

TEATRO



LILA

Teatro de la Ciudad Esperanza Iris (Donceles 36). \$250.

DOMINGO 19 | 17 HORAS

TEATRO

CORASONES MEXICANOS

Teatro del Pueblo (Venezuela 72). Gratis.

JUEVES 23 | 9 HORAS

EXPOSICIÓN

PEDRO LASCH: ENTRE LÍNEAS / BETWEEN THE LINES

Laboratorio Arte Alameda (Dr. Mora 7). \$45.

VIERNES 24 | 20 HORAS

TEATRO



PÓQUER DE CABARET (CON MADAME CHIANG)

Foro A Poco No (Cuba 49). \$205.

SÁBADO 25 | 10 HORAS

VISITA GUIADA

RECORRIDO POR CAPILLA, MUSEO Y PATIOS

Museo Vizcaínas (Vizcaínas 21). \$160. Registro previo: museo@vizcainas.mx

MARTES 28 | 11 HORAS

EXPOSICIÓN

INSIGNIAS DE LOS DIOS. LA MADERA EN EL TEMPLO MAYOR

Museo del Templo Mayor (Seminario 8). \$80.

LUNES 23 | 12 HORAS

SEMINARIO

CONVOCATORIA: LA VIOLENCIA DE GÉNERO Y LA AGENDA FEMINISTA 2030

Museo de la Mujer (Bolivia 17). Gratis.

JUEVES 30 | 16 HORAS

CLASE

INTRODUCCIÓN A LA EXPRESIÓN EN EL DIBUJO

Museo del Templo Mayor (Seminario 8). \$ Museo del Palacio de Bellas Artes (Eje Central Lázaro Cárdenas 2). Gratis. 80.

PROGRAMACIÓN SUJETA A CAMBIOS

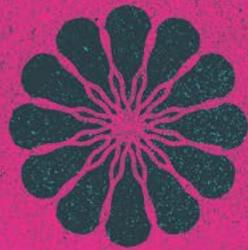
En noviembre
vuelven los espíritus
de los que ya se fueron
a la otra vida.
Si vas al Panteón de
San Fernando
(uno de los más
antiguos de la ciudad),
a lo mejor te cruzas
con el alma de
don Benito Juárez
(o de algún artista
o militar ilustre
que también tiene
allí su última morada).



UERTOS AL

an Fernando

Juárez



Para recibir a
las almas visitantes
hay que poner incienso,
flores y ofrendas.
¡Ayúdanos a decorar con
tus colores favoritos!



